



COMILLAS
UNIVERSIDAD PONTIFICIA

ICAI

ICADE

CIHS

**FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y
SOCIALES**

Grado en Psicología

**Apego, cultura y crianza compartida: una revisión
crítica.**

Autora: Raquel Alonso Fernández

Director: Carlos Pitillas Salvá

Madrid

2019/2020

Resumen

Los defensores de la teoría del apego han defendido la irrelevancia de las variaciones culturales y consideran que éste tiene la misma forma a través de las culturas. Sin embargo, el apego puede tener diferentes trayectorias según el contexto cultural. Por lo que el objetivo general de esta investigación es revisar las perspectivas interculturales del apego, los diferentes estilos de crianza que existen en contextos culturales diversos y sus efectos diferenciales sobre el desarrollo, a través de una revisión bibliográfica. Se plantea la problemática actual en torno a la universalidad del concepto de sensibilidad. El trabajo también ha identificado dos estilos de crianza: el estilo distal, asociado a un modelo de independencia y caracterizado por el contacto cara a cara, y el estilo proximal, asociado a un modelo de interdependencia con prácticas de cuidado centradas en el contacto y la estimulación corporal. Por último, el estudio ha encontrado que la crianza compartida es una práctica de cuidado muy extendida, cuyos principales cuidadores o alomadres son los hermanos mayores y las abuelas. Cada alomadre ha sido asociada con una serie de ventajas en los niños y las madres, tales como: el aumento de la fertilidad, la reducción de los tiempos de reproducción, una mayor conservación de la energía, el aumento de la tasa de supervivencia y el aumento del bienestar.

Palabras clave: apego, crianza compartida, modelos sociodemográficos, estrategias de crianza, ventajas, sensibilidad.

Abstract

Cultural variations according to attachment theory have been considered irrelevant and are considered to have the same form across cultures. However, attachment can have different trajectories depending on the cultural context. Therefore, the general objective of this research is to review the intercultural perspectives of attachment, the different rearing styles that exist in diverse cultural contexts and their differential effects on development, by means of a literature review. The current problem is posed around the universality of sensitivity. The work has also identified two styles of parenting: the distal style, associated with a model of independence and characterized by face-to-face contact, and the proximal style, associated with a model of interdependence with care practices focused on body contact and body stimulation. Finally, the study found that cooperative

breeding is a widespread care practice, with older siblings and grandmothers as the primary allomothers along with the mother. Each allomother has been associated with benefits to both children and mothers such as: increased fertility, reduced reproductive time, greater conservation of energy, increased survival rate and increased well-being.

Key words: attachment, cooperative breeding, multiple caregivers, parenting strategies, sociodemographic models, sensitive responsiveness, advantages.

Índice:

Introducción.....	4
Metodología.....	7
Justificación.....	7
Método	8
Tipo de investigación.....	8
Procedimiento metodológico.....	8
Capítulos de contenido	9
Problemática en el concepto de sensibilidad	9
Estrategias de crianza, modelos culturales y modelos sociodemográficos	12
Ventajas de la crianza compartida	17
Conclusión.....	25
Referencias	27

Introducción

El presente trabajo pretende argumentar a favor de incorporar las variaciones contextuales y culturales en la teoría del apego, la cual describe el apego como el vínculo emocional entre el niño y el cuidador principal. Se tratará de cambiar la visión del apego como una necesidad que tiene la misma forma a través de las culturas, por una visión en la cual tiene distintas trayectorias de desarrollo según los diferentes contextos (Otto & Keller, 2014).

Un problema clave en la teoría y la investigación sobre el apego surge del argumento de Bowlby, por el cual los infantes, universalmente, tienen una predisposición para formar un vínculo afectivo fuerte con la figura materna (Jackson, 1993). Sin embargo, muchos estudios se cuestionan que una única figura de apego sea la norma, teniendo en cuenta que la evidencia transcultural indica que en la mayoría de las sociedades, el cuidado por el grupo y no por la madre es la norma o una forma común, es decir, que una red de múltiples cuidadores o “alopadres” es lo más habitual. Al cuidado que el niño obtiene de una red de múltiples cuidadores se le denomina “crianza compartida”. Burkart, Hrdy, y Van Schaik (2009) la describen como el sistema de crianza en el cual las madres permiten voluntariamente el acceso a sus bebés y muchos miembros del grupo participan activamente en el cuidado y el aprovisionamiento de los mismos. Por tanto, en este tipo de crianza encontramos cuidadores que no necesariamente son los padres biológicos del niño.

El cuestionamiento de la primacía de un cuidador se enfrenta a otra evidencia discrepante. Algunos estudios sugieren que los niños forman distintas relaciones de apego con personas diferentes (Zimmerman & McDonald, 1995). Los niños y los cuidadores de diferentes estudios parecían formar relaciones únicas en las que el comportamiento relacional de los infantes con los cuidadores no maternos no se basaban en una plantilla desarrollada a partir de las interacciones madre-hijo (Zimmerman & McDonald, 1995).

Otro de los problemas surge en cuanto a lo que se considera sensibilidad en la figura de apego. Este constructo se basa en un supuesto occidental de familias de clase media que probablemente no se aplica a gran parte del mundo (Otto & Keller, 2014). La “sensibilidad” o capacidad de respuesta sensible del cuidador se refiere a la capacidad del cuidador de notar las señales del bebé, de interpretarlas correctamente y de responder a ellas de forma rápida y adecuada (Mesman et al., 2018). Por tanto, los defensores de la universalidad del concepto, alegan que la sensibilidad es universal porque funciona al satisfacer las necesidades del bebé (Keller et al., 2018), es decir, que los diferentes comportamientos parentales pueden tener la misma función de calmar al niño (Mesman, van IJzendoorn y Sagi-Schwartz, 2016). Por el contrario, para autores como Keller et al. (2018), la sensibilidad estaría definida por la forma occidental de atender al niño, “responder de manera rápida y adecuada”, pero lo que es adecuado o rápido debería depender de los estándares y normas de cada cultura de origen y no únicamente de la occidental. Por ejemplo: una madre occidental al oír llorar al niño se acercará lo hablará hasta calmarlo o le pondrá un chupete en la boca. Mientras que, en el caso de un bebé no occidental, se puede acercar su madre u otra mujer y para calmarlo ofrecerle el pezón para amamantar. Ambos comportamientos podrían llegar a calmar al niño y, sin embargo, el segundo no entraría dentro de un comportamiento adecuado para la cultura occidental. De ahí que las diversas estrategias, aun siendo sensibles a las señales de los bebés en sus respectivas comunidades, no se ajusten a la concepción de sensibilidad original de Ainsworth (Keller et al., 2018).

Por otra parte, en el trabajo nos centraremos en evaluar la relación entre los diferentes modelos sociodemográficos, los diferentes modelos culturales y en el tipo de contacto que se establece con los bebés o estrategias de crianza. Otto y Keller (2014) proponen una definición de cultura como los valores, normas y creencias y como acciones y comportamientos que son compartidos por personas que viven en el mismo contexto social. En diversas investigaciones interculturales de las interacciones tempranas entre el cuidador y el niño, se han revelado dos tipos de estrategias que se asocian con diferentes entornos sociodemográficos, siendo ambas estrategias asociadas a específicos logros en el desarrollo y reflejando diferentes énfasis culturales (Otto & Keller, 2014). Como desarrollan Keller, Borke, Lamm, Lohaus y Yovsi (2010), por un lado, estaría la estrategia de crianza *distal*, caracterizada por una atención exclusiva y un alto grado de

interacciones cara a cara entre el cuidador y el niño. Por otro lado, encontraríamos una estrategia *proximal*, consistente en grandes cantidades de contacto corporal y pocas interacciones cara a cara. La primera estrategia sería típica de un modelo sociodemográfico caracterizado por familias occidentales de clase media que favorecen un modelo cultural de independencia. Y la segunda, un modelo sociodemográfico caracterizado por agricultores rurales con bajo nivel de educación formal que estarían favoreciendo un modelo cultural de interdependencia.

Por último, el trabajo dedicará un espacio a enumerar una serie de beneficios asociados a la crianza compartida y los posibles mecanismos que explican estos hallazgos. En diferentes estudios se han observado una serie de ventajas derivadas de la utilización de la crianza compartida como sistema de cuidado del infante. Una de las ventajas más observada sería la mencionada por Hrdy (2009), por la cual los bebés criados en crianza compartida crecen más rápido, siendo destetados a una edad más temprana y permitiendo a las madres volver a concebir después de intervalos más cortos. Esto supone una ventaja en sociedades donde los niños no pueden permitirse el lujo de crecer lentamente, adquiriendo cuerpos más fuertes y mejores sistemas inmunitarios (Hrdy, 2009). También Sear y Coall (2011) mencionan cómo tener múltiples cuidadores puede favorecer la supervivencia del niño, sobre todo en estas poblaciones con alta tasa de mortalidad y fertilidad. Otro ejemplo de ventaja asociada a la crianza compartida son los cambios psicológicos que la acompañan y que llevan a una mayor conducta prosocial, influyendo directamente en una mejora del rendimiento en la cognición social (Burkart, Hrdy, & Van Schaik, 2009).

El objetivo general de la investigación es revisar las perspectivas interculturales del apego, los diferentes estilos de crianza que existen en contextos culturales diversos, sus mecanismos y sus efectos diferenciales sobre el desarrollo. Para lograrlo se pretende:

- Resaltar la controversia existente en cuanto a la teoría del apego y su ajuste a las diferentes formas de crianza existentes.
- Esclarecer la universalidad del concepto de sensibilidad en el cuidador o su incompatibilidad en determinadas culturas.

- Enfatizar la existencia de diferentes modelos culturales y su influencia en la organización de la crianza del niño.
- Enumerar las ventajas evolutivas y sociales asociadas al modelo de crianza compartida y analizar los posibles mecanismos que intervienen en estas ventajas.

Metodología

Justificación

El motivo por el que he elegido el presente tema se debe a la poca representación en el campo de la investigación sobre el apego de múltiples cuidadores o aquellos que practican la crianza compartida, ya que hasta el momento la mayor parte de la investigación sobre apego se ha centrado en las interacciones madre-hijo. Por tanto, resultaría de utilidad un trabajo que recogiera la información existente y señalase un posible camino a seguir en futuras investigaciones.

A pesar de la escasez de información, se han podido apreciar una serie de posibles ventajas en torno a este tipo de crianza, por lo que me ha parecido interesante centrar el trabajo en la crianza compartida, tratando de aportar una posible explicación de los mecanismos que pudieran estar interviniendo en esas ventajas.

Ligado al tipo de crianza, las interacciones tempranas entre cuidador y bebé revelaban la existencia de dos estrategias de cuidado distintas y asociadas cada una a un entorno sociocultural diferente (Otto & Keller, 2014). Éste es un aspecto que puede resultar beneficioso estudiar más a fondo, debido a la relevancia que parece tener en el posterior desarrollo de los niños.

Por otra parte, y como ya se ha dicho, existe una problemática actualmente en torno a las diferencias culturales alrededor del apego, ya que existen diferentes formas de crianza, lo que lleva cuestionarse la universalidad del concepto de sensibilidad según algunos

autores. A la luz de esto podría resultar también provechoso reunir en el presente trabajo los argumentos de ambos bandos sobre la universalidad del concepto.

Método

Tipo de investigación.

En el trabajo se realiza una revisión bibliográfica y, por tanto, una investigación documental, al utilizar información de artículos o libros científicos ya existentes en el campo del apego y la crianza compartida, con el fin de proporcionar una visión sobre el estado actual de las perspectivas interculturales del apego y los diferentes estilos de crianza y realizar una revisión crítica de la misma.

Procedimiento metodológico.

El proceso de búsqueda ha tenido lugar entre septiembre de 2019 y marzo de 2020. El método empleado es propio de una revisión bibliográfica. La búsqueda de la información se realiza mediante una serie de buscadores online especializados como EBSCO, SAGE journals, PsycInfo y Psychology and Behavioral Sciences Collection. Otros buscadores no especializados empleados para la tarea han sido Google y Google Scholar. Las palabras clave con las que se buscó la información en todos los buscadores fueron: crianza compartida, cooperative breeding, multiple caregivers, múltiples cuidadores, apego, attachment, attachment theory, non-Western, sociodemographic context, received sensitivity, cultural differences, alloparenting, infant caregiving, distal parenting, proximal parenting, parenting strategies, child rearing, socialization goals y cross-cultural. Además de utilizar los documentos obtenidos de los buscadores online, se utilizaron las referencias de los artículos leídos, para mejorar la búsqueda y también se utilizó bibliografía en material físico.

En cuanto a los criterios de selección del material fueron los siguientes:

- Se aplicó un filtro en la fecha de publicación, para tratar de encontrar la literatura más actual relacionada con el apego.
- Se buscó bibliografía en español y, especialmente, en inglés al tratarse de un área desarrollada sobre todo en este idioma.
- Se utilizaron artículos que estuvieran disponibles a texto completo o con acceso a través de la biblioteca de la Universidad Pontificia de Comillas.

Por otro lado, como criterios de exclusión se aplicaron los siguientes:

- No disponer de acceso al texto completo.
- Se descartaron artículos sobre la crianza compartida en animales, al centrarse en responder a otras preguntas no relevantes para el presente trabajo y no guardar demasiadas similitudes con la crianza compartida en los seres humanos, ya que en animales se centran en la alimentación, especialmente.
- Se descartaron muchos textos escritos desde un punto de vista antropológico, ya que la gran mayoría se limitaban a describir actividades o prácticas de una comunidad concreta y que no resulta relevante para el presente trabajo.

A continuación, se describirá en el apartado “Capítulos de contenido” la información recuperada de esta búsqueda bibliográfica.

Capítulos de contenido

Problemática en el concepto de sensibilidad

Existen cuatro premisas nucleares defendidas por los teóricos del apego que creen en la universalidad del concepto:

1. La hipótesis de la universalidad: todos los niños tienden a formar relaciones de apego con sus cuidadores.
2. La hipótesis normativa: la mayoría de los niños forman un apego seguro.

3. La hipótesis de sensibilidad: un cuidado sensible, por parte del cuidador, predice la formación de un apego seguro. La función primaria de la sensibilidad es proporcionar seguridad al bebé en momentos de angustia, lo que será predictor del desarrollo de un apego seguro.
4. La hipótesis de competencia: un apego seguro es predictor de un funcionamiento adaptativo.

Como se ha comentado anteriormente, la respuesta sensible del cuidador, según la teoría del apego, hace referencia a la habilidad del cuidador para notar las señales del bebé, interpretarlas correctamente, y responder a ellas de manera rápida y apropiada, adaptando los comportamientos a las necesidades del bebé (Mesman et al., 2018).

El problema con el concepto de sensibilidad es que está definido o entiende por adecuadas las prácticas de crianza propias de la cultura occidental, y no tiene en cuenta que pueda haber variaciones en las prácticas diarias del cuidado. Este problema se evidencia a la hora de medir la sensibilidad, ya que las formas estandarizadas que se utilizan actualmente no tienen en cuenta que la sensibilidad no es un conjunto único de comportamientos, sino que es una mezcla de prácticas contextualmente apropiadas. Debido a esto, las comunidades con formas de crianza diferentes a la occidental pueden aparecer con menores valores en los sistemas de evaluación de la sensibilidad. Es importante señalar que, al diferenciar entre un enfoque occidental y no occidental, estamos refiriéndonos a las diferentes características socioeconómicas, físicas y sociales de las comunidades.

En el caso de la crianza con múltiples cuidadores, para medir la sensibilidad, se podría plantear utilizar el promedio de las diferentes relaciones que establece el niño, pero no tendría sentido porque hay muchas ocasiones en las que hay varios cuidadores presentes al mismo tiempo. En cambio, tiene más sentido la propuesta de Mesman, Minter & Angged (2016) de captar la *sensibilidad recibida*, es decir, captar la sensibilidad que percibe el niño por parte de toda la red de cuidadores (independientemente de qué y cuántas personas administren las respuestas sensibles) a lo largo del período de observación.

Por otro lado, los defensores de la universalidad argumentan que, si la sensibilidad es fundamental en la adaptación, entonces debería ser una característica universal de la crianza y relevante en todas las culturas (Mesman et al., 2018); mientras los críticos defienden las diferencias culturales. Y una de las razones para explicar la aparente ausencia de sensibilidad en algunas comunidades, es la incompatibilidad con los objetivos que se persiguen con el cuidado de los hijos. La sensibilidad implica ver al niño como un ser autónomo e independiente con sus propios deseos que requieren satisfacción, pero en muchas culturas no occidentales, la atención no está en el individuo, sino en el grupo (Mesman et al., 2018). Por lo que no tienen como objetivo durante el cuidado la satisfacción de estas necesidades o deseos del niño. Y, sin embargo, la definición de una madre sensible sólo incluye referencias sobre dar una respuesta al niño de forma que se atiendan sus necesidades físicas y sociales.

Encontramos, por tanto, autores como Keller et al (2018) afirmando que la sensibilidad de Mary Ainsworth no es universal, porque no hay uniformidad en la práctica, sino que refleja un ideal cultural de Occidente, donde ser un buen padre está relacionado con considerar a un niño como un organismo independiente. Sin embargo, los defensores argumentan que las diferentes prácticas de cuidado pueden tener la misma función, aliviando el sufrimiento infantil de maneras diversas. Por ejemplo, si el niño se pone nervioso, otros responden al llanto con rapidez, incluso en comunidades con crianza compartida, no habría diferencia entre las madres y cuidadores en la rapidez o en la eficacia con la que alivian el llanto o la queja del niño. Sin embargo, los críticos afirman que la sensibilidad de Mary Ainsworth no ha sido definida por su función, sino por la forma: “de manera rápida y apropiada”, lo cual depende de los estándares y normas de la cultura de origen (en este caso, la occidental). Y que, aunque las diversas estrategias sean sensibles a las señales de los bebés en sus respectivas comunidades, no se ajustan a la concepción de sensibilidad de Ainsworth y sus defensores (Keller et al., 2018). Y la sensibilidad materna termina siendo un juicio sobre la adecuación del cuidado, una forma de distinguir a los cuidadores buenos de los malos (Keller, 2013).

Para los críticos de la universalidad, la sensibilidad requiere que el cuidador perciba, entienda y responda de manera efectiva las señales enviadas por el niño en cada momento

diferente (Otto & Keller, 2014), pero una crianza sensible, no sólo debe estar en sintonía con el niño, sino que también tiene que estar en sintonía con las expectativas culturales.

Estrategias de crianza, modelos culturales y modelos sociodemográficos

Las experiencias tempranas de los bebés son cruciales para el desarrollo posterior del concepto de sí mismo (Keller et al., 2010). Se han identificado dos estilos o estrategias de crianza diferentes a lo largo de la literatura, lo que puede resultar en dos modos alternativos de desarrollo (Keller et al., 2009). A su vez, estas estrategias son características de dos entornos sociodemográficos prototípicos (Otto & Keller, 2014; Keller et al., 2010), es decir, que la forma de criar es una expresión del modelo cultural predominante en el contexto en el que se viva. La diferenciación principal se basa en que grandes cantidades de contacto corporal están asociadas con bajas cantidades de intercambios visuales (y viceversa) entre las culturas (Keller et al., 2009). Por un lado, estaría el estilo de crianza distal y por otro el estilo de crianza proximal.

El **estilo distal** se caracteriza por grandes cantidades de contacto cara a cara, el énfasis en la estimulación con objetos, una atención exclusiva en el niño, poco contacto y estimulación corporal y capacidad de respuesta contingente a señales distales. Se trata de una comunicación basada en el intercambio conductual, con una estructura consiste en un pseudo-diálogo, donde ambos participantes, cuidador y niño, contribuyen por igual en el intercambio interactivo (Keller et al., 2010). Las interacciones cara a cara son de naturaleza conversacional con el infante, siendo éste un participante que puede controlar el diálogo (Keller et al., 2010). Por lo que se puede decir que las experiencias sociales del infante están incrustadas en diálogos diádicos exclusivos con intercambios cara a cara (Lohaus et al., 2011).

La capacidad de respuesta contingente y el contacto cara a cara, propias de este estilo, han demostrado apoyar el desarrollo de un yo categórico, como primera expresión de un agente separado y autónomo (Keller et al., 2010). De manera que, bajo la influencia de

este tipo de crianza, los niños aprenden sobre sí mismos como entidades diferenciadas y únicas (Keller et al., 2010).

En un experimento llevado a cabo por Keller et al. (2010), los niños que habían sido criados con un estilo distal se reconocían antes ante un espejo que los criados con la estrategia proximal. Además, observaron un incremento en las interacciones cara a cara de estos niños. Los autores trataron de explicar estas diferencias en función del desarrollo del sistema ocular de los niños, lo cual les permitiría mantener centrada la mirada más tiempo, reforzando el interés de las madres en mantener esa interacción.

En resumen, varios estudios longitudinales han demostrado que la experiencia temprana de un estilo distal lleva a un desarrollo temprano del autorreconocimiento (Keller et al., 2009).

El estilo distal está asociado a un modelo cultural de independencia, donde se favorece la autonomía y las relaciones entre individuos diferenciados. Las madres se centran en el niño como un organismo con su propio estado mental, preferencias y necesidades (Keller et al., 2010). El modelo cultural de independencia tiene lugar en un modelo sociodemográfico de familias urbanas, industriales y postindustriales de clase media, en donde la competencia, los logros individuales, la superación personal y la igualdad son los objetivos buscados por la socialización (Keller et al., 2009). Se trata de familias nucleares con un nivel elevado de educación formal y en las que los padres suelen rondar edades cercanas a los 30 años, teniendo su primer hijo sobre esa misma edad. Serán familias con un bajo número de hijos, ya que niveles altos de educación formal correlaciona con tener pocos hijos (Keller et al., 2009). Este tipo de educación afecta también a la interacción madre-hijo, ya que incrementa el contacto cara a cara propio de un estilo distal. Y enfatiza un funcionamiento cognitivo como separado de aspectos conativos y emocionales del pensamiento (Keller et al., 2009).

En el otro lado encontramos el **estilo proximal**, que está caracterizado por la proximidad y estimulación corporal (Keller et al., 2009), siendo un cuidado con poca interacción cara a cara, estimulación con objetos y monitorización verbal (Otto & Keller, 2014). Es un cuidado que tiene lugar al mismo tiempo que el cuidador realiza otras tareas o actividades, por lo que su atención no está centrada en el infante. Y se podría decir que los niños son vistos al principio como una carga para otros al tener que atenderlos al mismo tiempo que realizan sus tareas, por lo que muchas estrategias de cuidado al principio están diseñadas para reducir el trabajo o la carga que suponen (Lancy, 2018).

Estos bebés son llevados envueltos y pegados al cuerpo de los cuidadores, mientras estos últimos realizan otras tareas, por lo que mantienen un contacto corporal extensivo a lo largo del día. También se suele mostrar este contacto corporal durante la noche en muchos casos. Generalmente, se fomenta la estimulación motora como parte de un desarrollo sano (Lohaus et al., 2011). Se acelera su desarrollo motor para tratar de reducir la carga que supone el cuidado constante del bebé, sobre todo cuando tiene que ser transportado pegado al cuerpo. De manera que realizan ejercicios con los bebés, como sujetarlos por debajo de los brazos y moverlos arriba y abajo, estimulando con esto el reflejo de caminar, consiguiendo que los bebés caminen antes y liberando a sus cuidadores de la carga de tener que transportarlos (Lancy, 2018).

Algunas de las diferencias más notables han sido, por tanto, el desarrollo motor grueso, destacando los que se han criado con un estilo proximal. Pudiera ser debido a que los padres que utilizan la estrategia distal creen que el desarrollo motor debe ocurrir al ritmo de cada niño. Así, en el estudio de Lohaus et al. (2011), los niños africanos criados con un estilo proximal se sentaban, gateaban, se levantaban y caminaban mucho antes que la media de los bebés occidentales. Se debe posiblemente a que les refuerzan este tipo de desarrollo con prácticas específicas (como las que acaban de ser comentadas), con la intención de que el niño sea autónomo y no tengan que transportarlo los cuidadores.

La práctica de envolver a los bebés forma parte de una filosofía de cuidado infantil que consiste en criar a un bebé tranquilo y contento, inducir siestas en los niños algo más

mayores, para que, mientras tanto, las madres o cuidadores se puedan encargar de las tareas domésticas o demás actividades (Lancy, 2018).

Además, con esta práctica, manteniendo a los bebés en cercanía física, orientados mirando hacia afuera para que vean el mundo como lo hacen los otros, aprenden sobre sí mismos como miembros de la comunidad (Keller et al., 2018). Por tanto, esta práctica de crianza consistiría en apoyar al niño a tomar la perspectiva de otros, lo que le ayuda a considerar los deseos y necesidades de los demás, es decir, que es el niño quien tiene la responsabilidad de tomar la perspectiva del otro (Keller et al., 2018).

Por tanto, el continuo contacto corporal está asociado con la cohesión social y sentimientos de pertenencia, es decir, que tiene una función psicológica y social, ya que estos sentimientos de pertenencia se relacionan con la aceptación de las normas y valores de la comunidad (Keller et al., 2010). Por tanto, la aceptación de las normas prepara al niño para vivir en armonía, respetando la jerarquía, es decir, a los mayores, ya que suelen ser sociedades gerontocráticas. Se observa que, en estas sociedades, los niños realizan una gran variedad de actividades que podrían calificarse como trabajo ya que, desde pequeños hasta la adolescencia, se espera de ellos que ayuden con las tareas según sus capacidades (Lancy, 2018). De esta manera son socializados en el rol que se espera que realicen en la familia (Lancy, 2018). Y desarrollan un yo interdependiente, es decir, muestran un desarrollo temprano de la conformidad a las normas y comportamientos sociales.

Por último, en el desarrollo cognitivo no se aprecian grandes diferencias, ya que durante el primer año de vida éste está relacionado tanto con el lenguaje, donde destacan los niños criados por un estilo distal, como con el desarrollo motor, donde ya se ha comentado que destacan más los niños criados con la estrategia proximal (Lohaus et al., 2011).

A la estrategia proximal de crianza se la ha venido asociando con un modelo cultural de interdependencia, que define al organismo como interconectado con otros, donde la importancia del grupo y la armonía social se enfatizan más que las necesidades del

individuo, y en el que se espera la adhesión a las normas del grupo y el sacrificio personal (Mesman et al., 2016).

El estilo proximal de crianza de los hijos es predominante en sociedades de subsistencia tradicional (Keller et al., 2009), con familias rurales con un nivel bajo de educación formal, que tiene tienen varios hijos, por lo que tienen pronto a su primer hijo (Keller et al., 2010). Estas familias suelen tener 20 años o menos cuando tienen a su primer hijo. Son familias con difícil acceso a una educación formal, por lo que la familia se convierte en la unidad de educación, aprendiendo los niños por observación de los mayores. Es un modelo sociodemográfico, donde la familia, utiliza la estrategia proximal con el objetivo de conseguir un niño que respete y obedezca a los mayores y sea un apoyo para la familia. Por tanto, se centran en el contexto social y las obligaciones morales (Keller et al., 2010).

Sin embargo, algunos autores como Kagitcibasi, Ataca, & Diri (2010), interesados por el cambio familiar debido a los procesos de modernización y globalización, proponen un tercer modelo cultural prototípico:

- Modelo de interdependencia: favoreciendo la cercanía y heteronomía, donde los niños son valorados, tanto por razones económicas como emocionales, y tienen la responsabilidad de cuidar de sus padres en la vejez (Mayer, 2013).
- Modelo de independencia: favorece la autodeterminación y valora la autonomía, ya que los sistemas de seguridad social suelen atender a las personas mayores, independientemente de la condición de los padres (Mayer, 2013). Por tanto, en los estados de bienestar modernos, los hijos contribuían a la economía familiar y se les consideraba un activo económico. Sin embargo, en la actualidad los hijos son un pasivo económico, es decir, suponen una carga económica, al tener que mantenerlos los padres. Modelo de interdependencia emocional o psicológica: se favorece tanto la relación y la cercanía, como la autonomía de los individuos, que ya no es vista como una amenaza al funcionamiento del grupo. Y sería característico de un modelo sociodemográfico, compuesto por familias urbanas de clase media no occidentales.

A continuación, se muestra una tabla resumiendo las dos estrategias de crianza observadas en la literatura y los modelos culturales y prácticas que llevan asociadas cada una.

Tabla 1

Las estrategias de crianza

Estrategia de crianza distal	Estrategia de crianza proximal
<ul style="list-style-type: none">• Contacto cara a cara.• Estimulación con objetos.• Atención exclusiva en el niño.• Pseudo-diálogo padres-hijos• Desarrollo temprano del autorreconocimiento y lenguaje.	<ul style="list-style-type: none">• Contacto y estimulación corporal.• Estimulación motora.• Importancia de las normas y valores.
Asociado a un modelo cultural de independencia.	Asociado a un modelo cultural de interdependencia.
Propio de familias occidentales. En un modelo sociodemográfico de familias urbanas, de clase media, con un bajo número de hijos y nivel elevado de educación formal.	Predominante en sociedades de subsistencia tradicional, en familias occidentales, rurales con un nivel bajo de educación formal y que tiene tienen varios hijos. Sociedades gerontocráticas.

Ventajas de la crianza compartida

Como ya se ha comentado, el problema fundamental de la teoría del apego es la consideración de éste como una relación monotrópica y diádica con la madre, basada a su vez en premisas de universalidad en cuanto a la sensibilidad materna o la distribución de la seguridad. Frente a esto, hay evidencia en la literatura de que una relación de apego con las madres no impide tener relaciones de apego con otros cuidadores (Mesman, van IJzendoorn & Sagi-Schwartz, 2016; Zimmerman & McDonald, 1995). Esto puede ser de gran relevancia si se tiene en cuenta que la crianza a través de múltiples cuidadores (o

“alomadres”) es una forma común de cuidado y extendida mundialmente (Mesman et al., 2016; Weisner, & Gallimore, 1977).

A la hora de hablar de cómo se organizan las relaciones con múltiples cuidadores, van IJzendoorn (como se citó en Otto & Keller, 2014) lo resumió en cuatro modelos:

- La relación monotrópica: hace referencia a la relación entre madre e hijo como principal, considerando a los otros ineficaces para determinar el desarrollo del niño.
- La relación jerarquía: la relación madre-hijo es la primaria y la más predictiva del funcionamiento posterior, aunque no es la única influencia.
- El modelo de independencia: los cuidadores cumplen una variedad de roles en la vida de los niños, influyendo de forma diferencial sobre el funcionamiento posterior, lo que sugiere una importancia distinta, pero de mismo nivel de relevancia, entre las relaciones.
- El modelo integrador: el funcionamiento socio-emocional posterior del niño es el resultado de la calidad de toda la red de apego de un niño.

Por tanto, si prestamos atención a los modelos no monotrópicos, a la hora de hablar del cuidado de los hijos, podemos hacer una distinción entre el cuidado materno y el no materno o alomaterno, con el que hacemos referencia al cuidado de cualquier persona, que no sea la madre y que incluiría al padre, otros parientes, cuidadores no parientes y centros de cuidados (Aviezera & Sagi-Schwartz, 2008). Se utiliza el término “alomadre” para referirse a los individuos de cualquiera de los sexos, pudiendo ser un hombre o incluso el padre genético, ya que a menudo es imposible determinar la paternidad o identidad genética de los padres (Carter et al., 2006; Hrdy, 2009). Se ha intentado explicar el altruismo de las alomadres a través de reglas como la de Hamilton, que afirma que el costo de la ayuda no debe interferir en la propia carrera reproductiva de la alomadre o el cuidado de su propia descendencia, si la hubiera (Carter et al., 2006).

A lo largo de este capítulo vamos a hablar de las ventajas asociadas a este modo de crianza, conocido como “crianza cooperativa o compartida” y que hace referencia a

cualquier especie que cuente con asistencia aloparental, tanto para el cuidado como para el aprovisionamiento de las crías (Hrdy, 2009).

En primer lugar, se ha argumentado desde el punto de vista evolutivo, que la humanidad no habría sobrevivido si sólo las madres hubieran sido las cuidadoras de los hijos (Keller, 2013). Es la crianza compartida lo que se hipotetiza que permitió criar a los hijos en una amplia variedad de habitats, incluidos los adversos, permitiendo a los seres humanos salir de África (Hrdy, 2009). Por tanto, el proceso de selección favoreció que los jóvenes dependieran de una amplia gama de cuidadores y no sólo sus madres (Hrdy, 2009).

Por otra parte, autores como Burkart & Van Schaik (2016) postulan que las tareas asociadas con el cuidado alomaterno requieren mecanismos, tales como una mayor tolerancia social o una prosocialidad proactiva, que pueden facilitar el desempeño de tareas sociocognitivas.

Relacionado con esto, se podría decir que los niños criados en este sistema crecen con una capacidad mejor desarrollada de ver el mundo desde múltiples perspectivas, es decir, de ser capaces con mayor facilidad de empatizar y atribuir estados mentales y emocionales a otros (Hrdy, 2009). Los bebés cuidados por múltiples cuidadores son más capaces de leer los estados mentales de sus congéneres y de integrar la información sobre sus propias intenciones y las de los demás (Hrdy, 2009).

Por otro lado, los bebés humanos son costosos de criar, ya que maduran lentamente y suelen alcanzar la independencia nutricional a partir de los 18 años o más (Carter et al., 2006). Cuidar de los hijos supone un costo energético muy grande para las madres, tanto por la lactancia o el aprovisionamiento, como por tener que cargar los primeros años con los hijos. La crianza compartida puede suponer un alivio de esta carga y que las madres conserven la energía para mantenerse mejor alimentadas, más seguras de peligros y pudiendo realizar otras actividades como el trabajo.

En cuanto al costo de energía que supone la lactancia, se ha encontrado evidencia de que la crianza compartida puede suponer una mayor rapidez en el destete de los hijos (Hrdy, 2009) y, por otro lado, se ha encontrado que en algunas sociedades las alomadres se encargan de la lactancia (Hewlett & Winn, 2014). Esto último, a priori podría suponer una ventaja, ya que libraría a las madres del consumo de energía que esto supone. La lactancia alomaterna se puede encontrar en más del 90% de las culturas, según una revisión realizada por Hewlett & Winn (2014) sobre 104 culturas, de las cuales 97 la presentaban. Además, en culturas donde era más común que fuera normativa, como las sociedades de cazadores-recolectores, el 46% de los etnógrafos indicaba que era una práctica desde regular a extensa (Hewlett & Winn, 2014). Además, es bien sabido que en la antigua Roma y a lo largo de gran parte de la Europa medieval, las mujeres adineradas y poderosas obligaban a las nodrizas a amamantar a sus hijos, lo que permitía a las mujeres de la élite reproducirse más rápidamente, sin poner en peligro la supervivencia de los hijos y pudiendo dedicarse a otras tareas (Hrdy, 2009). Sin embargo, hay evidencia de que la lactancia alomaterna puede aumentar la transmisión de patógenos o enfermedades infecciosas entre las madres y los demás niños (Hewlett, & Winn, 2014). Por lo que es desaconsejable está práctica a pesar de las ventajas que pudiera tener asociadas.

Que las madres estén más liberadas, con más energía y cuenten con la ayuda en la crianza de los hijos, también supone una disminución de los intervalos de reproducción, al permitir tener nueva descendencia antes de que la última sea completamente autosuficiente (Carter et al., 2006; Hrdy, 2009; Keller, 2013). Por lo tanto, el apoyo de otros puede ser crítico para las altas tasas de fertilidad, al dedicar más tiempo y energía a dar a luz a más niños (Sear, & Coall, 2011). Lo que podría ser muy beneficioso en sociedades actuales, donde las bajas tasas de fecundidad afectan a asuntos sociales, al correr el riesgo de que la población activa se reduzca e imposibilite el sostenimiento de colectivos de pensiones y seguridad social (Kaptijn, Thomese, van Tilburg, & Liefbroer, 2010). Las bajas tasas de fertilidad reflejan las dificultades de las mujeres para combinar el trabajo y la maternidad. Sin embargo, con la ayuda de las alomadres sería posible reducir la carga que permitiera combinar un empleo remunerado con la maternidad (Kaptijn et al., 2010).

Una de las ventajas más estudiadas en la literatura y más evidentes es la mejora de la supervivencia de los hijos gracias al cuidado de las alomadres (Hrdy, 2009; Kaptijn et al., 2010; Sear, & Coall, 2011), lo que a su vez influye en el mejor bienestar de los niños. Porque los niños cuidados en este sistema, al estar protegidos del hambre y la inanición, se pueden permitir crecer con cuerpos más fuertes y mejores sistemas inmunológicos (Hrdy, 2009).

La literatura interdisciplinar atestigua que las madres que contaban con el apoyo de las alomadres, lograban forjar vínculos más seguros con sus hijos o mostrarse más sensibles a las necesidades de estos, incluso cuantos mayores fueran los factores de riesgo (Hrdy, 2009). Se ha observado en grupos de alto riesgo, como niños nacidos en pobreza, prematuros, con bajo peso o con madres adolescentes o solteras, que con el apoyo de las alomadres tenían mejores resultados cognitivos y emocionales, al ser más receptivos emocionalmente, mostrar menor vulnerabilidad emocional al exponerlos antes estímulos amenazantes, aprender con más rapidez el lenguaje y tener un índice de desarrollo mental más elevado (Hrdy, 2009). Por tanto, se hacen evidentes los beneficios psicológicos del cuidado alomaterno. Incluso en países occidentales, donde ya no existe la preocupación tan marcada por la supervivencia de los niños, se pudo apreciar los beneficios cognitivos y emocionales.

Esta ayuda en el cuidado es más probable que provenga de los parientes de la madre, en particular su propia madre, ya que en más de 2/3 de los casos su presencia mejoraba las tasas de supervivencia infantil, y los hermanos mayores, son beneficiosos en más del 80% de los casos (Sear, & Coall, 2011).

Cuando las abuelas son las alomadres, suelen proporcionar cuidados o alimento a los niños o facilitar conocimientos médicos sobre los recién nacidos a las madres (Kaptijn, Thomese, van Tilburg, & Liefbroer, 2010). Se habla de que en las sociedades cazadoras-recolectoras, las mujeres mayores que se vuelven incapaces de reproducirse debido a la menopausia, pueden ser valiosas de esta manera, ayudando en la crianza de los nietos. Autores como Kaptijn et al. (2010) hipotetizan que esto puede haber contribuido a la

evolución de una fase de vida postmenopáusica muy larga, como estrategia de adaptación para mejorar la reproducción exitosa de sus hijos y la supervivencia de sus nietos.

Además, la presencia de las abuelas lograba tener mayor impacto en la supervivencia del niño en condiciones de riesgo, como cuando las madres eran jóvenes y sin experiencia, sobre todo cuando la edad de los niños rondaba la edad del destete (Hrdy, 2009). Cuanto más inexperta parecía ser la madre y menos ayuda recibía de otras alomadres (como hermanos mayores), la presencia de las abuelas resultaba de mayor beneficio, reduciendo incluso los efectos negativos de los traumas sociales de los niños (Hrdy, 2009).

Cabe resaltar, nuevamente, que el efecto de las abuelas como alomadres, puede variar dependiendo de si la abuela cercana es la materna o la paterna. La presencia de la abuela paterna parece correlacionar con el aumento de la fertilidad de la madre y la reducción de los intervalos entre los nacimientos (Hrdy, 2009) y, en algunos casos, puede incluso provocar un aumento de la mortalidad infantil (Keller, 2013). Además, el aumento de la fertilidad de la familia tampoco está necesariamente relacionado con una mejora del bienestar de los nietos. Algunos autores como Hrdy (2009) postulan que al haber más niños nacidos en rápida sucesión podrían verse obligados por las circunstancias a competir por los recursos familiares. Por tanto, esta diferencia en los efectos puede depender en cierta forma de otros factores: las condiciones locales de subsistencia, la situación socioeconómica de la familia, la pertenencia a determinados grupos sociales o la composición familiar. Por ejemplo, se observó que las mujeres de familias económicamente limitadas tendían a dar a luz a su primer hijo en presencia de su propia madre, relación que se veía invertida si la familia de campesinos era más próspera (Keller, 2013). Sin embargo, en general, las tasas de supervivencia infantil eran más altas si la alomadre era la abuela materna, ya que su prioridad era mantener a la madre y sus hijos más nutridos y sanos (Hrdy, 2009), mientras que la abuela paterna busca la reproducción de su hijo. En algunos casos se podía observar que mejoraran la supervivencia de los nietos, pero eran en menos de la mitad de los casos (Sear, & Coall, 2011).

En el caso de los abuelos, en general, se encontró en la literatura que no tienen mucho impacto en la supervivencia o bienestar de los nietos o que no son tan beneficiosos como las abuelas (Hrdy, 2009; Kaptijn et al., 2010; Sear, & Coall, 2011). En los pocos estudios en los que los abuelos sí importaban, redujeron las tasas de supervivencia infantil o aumentaban la adaptación psicológica de los nietos (Sear, & Coall, 2011). Por lo que podemos hablar de datos algo contradictorios, lo que confirmaría que sus efectos como abuelos no están claros y que son más bien pocos. Ocurre algo parecido con los padres como abuelos, ya que mejoraban la supervivencia de los hijos tan sólo en un tercio de los casos (Sear, & Coall, 2011). Sin embargo, ambos abuelos y padres parecen cobrar importancia en las sociedades modernas o post-transición demográfica, es decir, aquellas sociedades donde hay bajas tasas de natalidad y mortalidad, así como un gran avance tecnológico, educativo y económico. La distinción entre abuelos y abuelas parece ser menos relevante en las sociedades modernas, donde hombres y mujeres han llegado a compartir más los cuidados de los hijos y las actividades laborales, en comparación con las primeras sociedades en las que los roles de género estaban más claramente separados (Kaptijn et al., 2010). Por tanto, en las poblaciones modernas es más común encontrar los nietos al cuidado de los abuelos. Por ejemplo, en Europa semanalmente el 58% de las abuelas y el 49% los abuelos afirmaban haber cuidado de sus nietos y en Estados Unidos se encontraba que el 23% de los niños menores de 5 años eran cuidados semanalmente por sus abuelos (Kaptijn et al., 2010).

Por último, encontramos el caso de los hermanos mayores, como abuelos, que cuidan de los más pequeños, siendo una práctica muy extendida (Weisner, & Gallimore, 1977) a pesar de que en psicología hay una escasez de investigación al respecto y sólo se encuentran datos antropológicos. Entre los pocos estudios de investigación sobre el cuidado por hermanos mayores, se identificaron diferencias en el estilo de cuidado con respecto a la madre (Weisner, & Gallimore, 1977), lo que podría suponer efectos diferentes en el desarrollo del niño.

Las investigaciones que han estudiado la crianza compartida en su mayoría se han centrado en sociedades cazadoras-recolectoras como son: los Hadza, los Aka, los Efe y los !Kung. Estas sociedades podrían formar un continuo en lo que se refiere a la práctica de la crianza compartida, encontrando a los !Kung en un extremo, al compartir poco a los

bebés y a los Efe y los Aka en el otro extremo, al compartirlos mucho. Los Hadza se encontrarían en el medio de este continuo al observar, que los bebés menores de cuatro años son sostenidos el 31% del tiempo por alomadres, y que los primeros días tras su nacimiento se trata de un 85% del tiempo (Hrdy, 2009). Mientras que, en los Efe, las alomadres sostienen a los niños un 60% del tiempo, más de lo que lo hacen sus propias madres y tienen un promedio de catorce cuidadores diarios (Hrdy, 2009). En el caso de los Aka, sus bebés son cuidados por aproximadamente unas veinte alomadres diariamente desde el nacimiento, pudiendo éstas consolarlos o realizar la lactancia compartida (Hrdy, 2009; Keller, 2013).

A continuación, se muestra en la Tabla 2 un resumen del efecto positivo que tienen los principales cuidadores identificados en la crianza de los hijos. Y en la Tabla 3 aparecen recogidas las alomadres observadas durante las investigaciones antropológicas.

Tabla 2

El porcentaje de efecto positivo que cada grupo de alomadres tiene en la supervivencia del niño tomada de Otto & Keller (2014)

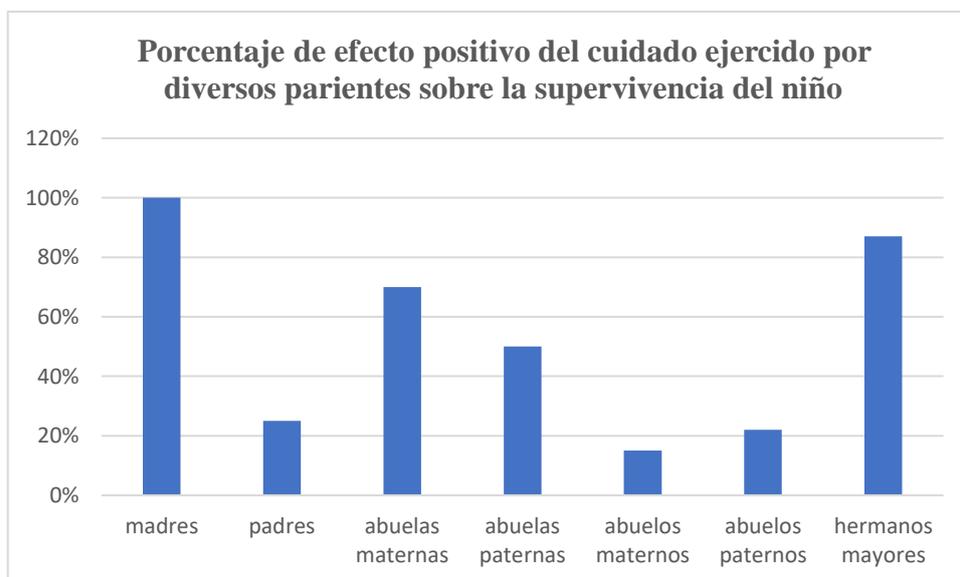


Tabla 3

Porcentaje de las principales alomadres durante la infancia en una muestra de 186 sociedades, tomada de Weisner & Gallimore (1977)

Alomadres	Sociedades estudiadas	Porcentaje
Niños (mujeres sólo)	31	16.7
Niños (sin especificar sexo)	4	2.2
Niños (ambos sexos)	11	5.9
Parientes adultos (mujeres sólo)	60	32.3
Parientes adultos (sin especificar sexo)	--	--
Parientes adultos (ambos sexos)	14	7.5
Otros, incluye trabajadores (mujeres sólo)	17	9.1
Otros, incluye trabajadores (sin especificar sexo)	--	--
Otros, incluye trabajadores (ambos sexos)	1	0.5
No pudo ser analizado	48	25.8
Total	186	100

Conclusión

Las aportaciones del presente trabajo pasan a ser resumidas a continuación:

Este estudio se ha centrado en exponer el debate o problemática surgida en la última década en torno al concepto de sensibilidad. En esta problemática encontramos dos bandos. Por un lado, los defensores de la sensibilidad como universal de todas las culturas, quienes afirman que las diferentes prácticas de cuidado cumplen con la función de calmar al niño y responder a sus necesidades. Por otro lado, los críticos de la universalidad, que alegan la incompatibilidad de la sensibilidad con los objetivos de crianza de ciertas culturas. Estos últimos entienden que la sensibilidad está definida por la forma (en este caso, la forma de criar propia de los países occidentales ricos e industrializados) y no por la función, y que la práctica debe adecuarse tanto al niño y sus necesidades como a la cultura de origen.

Entendemos que, tal como está planteado el concepto hoy en día dentro de la teoría del apego, haría falta una modificación que aclare que se debe atender a la función y, por tanto, modificar también los sistemas de evaluación de la respuesta sensible, porque no se están incluyendo actualmente las diferencias culturales de las prácticas de cuidado.

En el objetivo general planteábamos revisar los diferentes estilos de crianza según el contexto cultural, y sus efectos diferenciales sobre el desarrollo. A lo largo del presente trabajo se han diferenciado dos tipos de crianza: el estilo distal y el estilo proximal, asociados a cada uno a un modelo cultural y unos efectos diferenciados en el desarrollo.

El estilo distal, caracterizado por el contacto cara a cara, centrado en el infante y con un intercambio en forma de pseudo-diálogo, se puede observar en familias occidentales con un modelo cultural de independencia donde se favorece la autonomía. Asociado se ha encontrado un desarrollo temprano del niño en el autorreconocimiento y el lenguaje.

Por otro lado, el estilo proximal se presenta como una crianza centrada en la estimulación y el contacto corporal, observable principalmente en familias no occidentales de sociedades con subsistencia tradicional. En estas sociedades el modelo cultural predominante es el de interdependencia, por lo que promueven la aceptación de las normas y el respeto de las jerarquías. En este estilo de crianza se observa un desarrollo motor temprano.

Además, en el trabajo se pretendía detallar y explorar las implicaciones de la crianza en manos de una red de cuidadores o alomadres, encontrando como principales y más comunes las abuelas y los hermanos mayores. Observamos diferentes efectos según quién sea la alomadre, como en el caso de las abuelas paternas, que tienen asociado un aumento de la fertilidad de la madre, mientras que las abuelas maternas se asocian con el aumento de la supervivencia del niño y el bienestar de éste y su madre.

Por último, a la actuación de las alomadres como cuidadores se le han encontrado una serie de ventajas para los niños, tales como: desarrollar mayor tolerancia social, desarrollar mayor capacidad para ver el mundo desde múltiples perspectivas, el aumento de la tasa de supervivencia y el aumento del bienestar. También se observan beneficios para las madres, tales como: el aumento de la fertilidad, la reducción de los tiempos de reproducción, una mayor conservación de la energía, un mayor tiempo para realizar otras tareas como trabajar y poder formar vínculos más seguros con sus hijos.

En cuanto a las limitaciones del trabajo, encontramos como principal la ausencia de investigación. La falta de estudios se evidencia a varios niveles, ya que hay una ausencia de estudios psicológicos sobre el apego en sociedades con un modelo de crianza de múltiples cuidadores. Añadimos a esta falta de investigación el hecho de que la poca existente está realizada desde el punto de vista antropológico o sociobiológico y, por tanto, se centra en otras características de este modelo de crianza y no tanto en el apego. Derivado de la falta de investigación sobre la crianza compartida, encontramos difícil llegar a conclusiones sobre los efectos de cada alomadre, como en el caso de los hermanos mayores. Los hermanos mayores como alomadres son algunos de los principales cuidadores junto con las abuelas, y, sin embargo, no hay estudios que se centren en los posibles efectos derivados de este tipo de cuidado.

En general, podemos afirmar que la mayoría de la investigación en torno al concepto del apego está realizada en culturas occidentales, lo que impide llegar a conclusiones claras sobre las posibles diferencias culturales en las prácticas de crianza o en la formación del apego.

Referencias

- Avieзера, O., & Sagi-Schwartz, A. (2008). Attachment and non-maternal care: towards contextualizing the quantity versus quality debate. *Attachment & Human Development* 10(3), 275–285.

- Burkart, J. M., Hrdy, S., & Van Schaik, C. (2009). Cooperative breeding and human cognitive evolution. *Evolutionary Anthropology*(18), 175-186.
- Burkart, J. M., & Van Schaik, C. (2016). Revisiting the consequences of cooperative breeding. *Journal of Zoology* 299, 77–83. DOI:10.1111/jzo.12322
- Carter, S., Ahnert, L., Grossmann, E., Hrdy, S., Lamb, M., Porges, S., & Sachser, N. (2006). *Attachment and Bonding A New Synthesis*. Massachusetts: The MIT Press.
- Hewlett, B., & Winn, S. (2014). Allomaternal Nursing in Humans. *Current Anthropology* 55(2), 200-229.
- Hrdy, S. (2009). *Mothers and others: The evolutionary origins of mutual understanding*. Londres: The Belknap Press of Harvard University Press.
- Jackson, J. (1993). Multiple caregiving among African Americans and infant attachment: the need for an emic approach. *Human Development* 36(2), 87-102.
- Kagitcibasi, C., Ataca, B., & Diri, A. (2010). Intergenerational relationships in the family: Ethnic, socioeconomic, and country variations in Germany, Israel, Palestine, and Turkey. *Journal of Cross-Cultural Psychology*, 41(5-6), 652-670.
- Kaptijn, R., Thomese, F., van Tilburg, T., & Liefbroer, A. (2010) How Grandparents Matter: Support for the Cooperative Breeding Hypothesis in a Contemporary Dutch Population. *Human Nature* 21(4), 393–405. DOI 10.1007/s12110-010-9098-9
- Keller, H. (2013). Attachment and culture. *Journal of cross-cultural psychology* 44(2), 175-194. DOI: 10.1177/0022022112472253
- Keller, H., Borke, J., Staufenbiel, T., Yovsi, R., Abels, M., Papaligoura, Z., Jensen, H., Lohaus, A., Chaudhary, N., Lo, W., & Su, Y. (2009). Distal and proximal parenting as alternative strategies during infants' early months of life: A cross-cultural study. *International Journal of Behavioral Development*, 33(5), 412-420. DOI: 10.1177/0165025409338441
- Keller, H., Bard, K., Morelli, G., Chaudhary, N., Vicedo, M., Rosabal-Coto, M., Scheidecker, G., & Murray, M. (2018). The myth of universal sensitive responsiveness: Comment on Mesman et al. (2017). *Child Development*, 89(5), 1921-1928.

- Keller, H., Borke, J., Lamm, B., Lohaus, A., & Yovsi, R. (2010). Developing patterns of parenting in two cultural communities. *International of Behavioral Development*, 35(3), 233-245.
- Lancy, D. (2018). *Anthropological perspectives on children as helpers, workers, artisans, and laborers*. Logan, USA: Palgrave Macmillan.
- Lohaus, A., Keller, H., Lamm, B., Teubert, M., Fassbender, I., Freitag, C., Goertz, C., Graf, F., Kolling, T., Spangler, S., Vierhaus, M., Knopf, M., & Schwarzer, G. (2011). Infant development in two cultural contexts: Cameroonian Nso farmer and German middle-class infants. *Journal of Reproductive and Infant Psychology*, 29(2), 148-161. DOI: 10.1080/02646838.2011.558074
- Mayer, B. (2013). Family change theory: A preliminary evaluation on the basis of recent cross-cultural studies. *Intergenerational relations. European perspectives on family and society*, 167-187.
- Mesman, J. (no publicado). Attachment theory's universality claims: asking different questions. En *Attachment: the fundamental questions*. Leiden.
- Mesman, J., Minter, T., & Angged, A. (2016). Received sensitivity: adapting Ainsworth's scale to capture sensitivity in a multiple-caregiver context. *Attachment & Human Development* 18(2), 101-114.
- Mesman, J., Minter, T., Angged, A., Cissé, I., Salali, G., & Migliano, A. (2018). Universality without uniformity: a culturally inclusive approach to sensitive responsiveness in infant caregiving. *Child Development*, 89(3), 837-850.
- Mesman, J., Van IJzendoorn, M. H., & Sagi-Schwartz, A. (2016). Cross-cultural patterns of attachment. En Jude Cassidy & Phillip Shaver (Editores). *The handbook of attachment: Theory, research, and clinical applications*, 852-877. New York: Guilford Press.
- Otto, H., & Keller, H. (2014). *Different faces of attachment: Cultural variations on a universal human need*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Sear, R., & Coall, D. (2011). How much does family matter? Cooperative breeding and the demographic transition. *Population and Development Review*, 37, 81-112.

Raquel Alonso Fernández
Universidad Pontificia Comillas

Weisner, T., & Gallimore, R. (1977). My Brother's Keeper: Child and Sibling Caretaking.
Current Anthropology 18(2), 169-190.

Zimmerman, L., & McDonald, L. (1995). Emotional availability in infants' relationships
with multiple caregivers. *Amer. J. Orthopsychiat*, 65(1), 147-152.